

Las relaciones entre el gobierno francés y el destronado rey de Hannover indicaron también en aquel tiempo que en las Tullerías prevalecía una corriente belicosa, y así lo demostró la legión hannoveriana, que el rey destronado había reunido en tiempo del conflicto del Luxemburgo en Holanda, para organizarla allí militarmente, por lo cual el gobierno de Prusia le consideró como enemigo declarado. A pesar de esto, el mismo gobierno prusiano procuró, mediante cierta cantidad de dinero, que reconociera el nuevo estado de cosas ó á lo menos renunciara á su conducta hostil. Con este fin se había firmado un tratado en septiembre de 1867, y en el tiempo de que hablamos, el 1.º de febrero de 1868, fué ratificado por el Parlamento prusiano á instancias de Bismarck. El rey de Hannover desposeído, respondió á esta conducta de Prusia insistiendo más y más en sus intenciones hostiles y proponiéndose emplear la suma concedida por Berlín para su legión hannoveriana. Esta había tenido que salir de Holanda de resultas de las reclamaciones de Prusia, y se había trasladado á Suiza. Pero como también allí se le opusieron dificultades, el destronado rey consiguió de Napoleón permiso para enviar su legión á Francia, adonde llegaron sus individuos con pasaportes austriacos en febrero de 1868. Prusia suspendió desde el 2 de marzo de 1868 el pago de las sumas destinadas al rey desposeído, y en enero de 1869 embargó todo el capital; pero esto no impidió á la corte de Hannover continuar sus intrigas hostiles, á lo cual la animaba la continua tirantez de la situación europea, que particularmente en el verano y el otoño de 1868, con motivo de los sucesos de Oriente llegó á tomar un carácter peligroso, porque por una parte los cretenses sublevados, socorridos abiertamente por la Grecia, se mantenían en armas; por otra Kara Georgewitz, el príncipe expulsado de Servia, intentaba recuperar el trono; el príncipe Milano Obrenowitz moría asesinado en 10 de junio de 1868 en el jardín de su palacio; y finalmente estalló en la Bulgaria una sublevación, que fué sofocada pronto por Midhat-Bajá, pero que dió un pretexto de queja contra Rumanía porque había permitido la entrada en su territorio á turbas armadas de sublevados, de lo cual se culpó también en parte á Prusia. Algunos meses después, el mismo Bismarck declaró en la Cámara de diputados que la paz se había visto amenazada; y el rey Guillermo, en una alocución que pronunció en Kiel el 14 de septiembre, dijo que un soberano, á pesar de su gran amor á la paz, no podía eludir en circunstancias dadas la responsabilidad de una guerra. Estas frases fueron consideradas con razón como indicio de una situación muy grave. Sólo cuando el ministerio Bratiano dimitió á fines de noviembre de 1868 y fué reemplazado por un ministerio decididamente pacífico, se aplacaron los temores de guerra, y entonces, gracias á los esfuerzos unidos de las grandes potencias, que á propuesta de Prusia se reunieron en conferencia en París en enero de 1869, se zanjó la cuestión de Creta y se obligó al rey de Grecia á cambiar su ministerio belicoso.

La resolución de estas complicaciones sólo produjo una tranquilidad pasaje-

ra, porque el antagonismo y la desconfianza entre Francia y Prusia continuaron, como debían continuar mientras la opinión pública en Francia no reconociese sin reserva el nuevo estado de cosas en Alemania y renunciara á toda oposición á la unión de los Estados del Mediodía con la confederación del Norte. Acaso Napoleón habría podido conseguir tal resultado si él mismo hubiese seguido semejante política pública y francamente, conforme se lo aconsejaron Rothan en mayo de 1867 y Ollivier; mas no tuvo energía, porque temía facilitar á sus adversarios en el interior nuevas armas contra el Imperio. La consecuencia inevitable de esto fué el aumento de la desconfianza y de la suspicacia por ambos lados. En Francia se miraba la política de Bismarck como modelo de arteria y de intriga, y muchos tenían por seguro que el canciller alemán se había propuesto la conquista de la Alsacia y la Lorena; pues cuando Moltke recorrió en abril de 1868 la frontera, le siguió á cada paso un agente francés, el capitán Samuel, que informó por telégrafo al ministro de la Guerra de todo cuanto hacía el general alemán. Por su parte el general Ducrot llegó á decir que el jefe del Estado mayor alemán había declarado á un funcionario badense que no pasaría mucho tiempo sin que la Alsacia y Baden estuviesen reunidos en un solo país, que sería el mejor del mundo. Añadía Ducrot: «Vivo en continua exacerbación, pues siento el furor de un hombre que quiere salvar á otro que se ahoga, y que con su oposición expone á su salvador á ahogarse con él;» y manifestaba que había hablado hacía poco con la condesa de Pourtalés, siempre optimista y que había admirado todo cuanto hacían el rey Guillermo y Bismarck; pero á la sazón había regresado de Berlín convencida de que la guerra era ya inevitable; que Prusia estaba perfectamente preparada, bien dirigida y segura de su triunfo; que á Francia se la engañaba inicualemente; que en Prusia se esperaba sorprenderla indefensa; que en público se alababan las buenas relaciones entre los dos países, pero á solas los alemanes se burlaban del emperador Napoleón, de la emperatriz, del ejército francés, de la guardia móvil, del gobierno y del ministerio, añadiendo que el ministro de la casa real Schleinitz se atrevía á decir que la Alsacia sería dentro de año y medio prusiana. «Ahora sí que tengo la seguridad, había exclamado la condesa, de que nada, nada puede conjurar la guerra, ¡y qué guerra!» También Thiers, que en cuestiones de política extranjera era considerado por muchas personas como un oráculo, repetía incesantemente sus advertencias aconsejando guardarse de la ambición de Prusia y hablaba de una alianza defensiva con Inglaterra. Decía que en seguida se unirían á la alianza Bélgica, Holanda, Dinamarca, Portugal y Suiza, y que Austria se decidiría también pronto. «Sólo una alianza como esta, añadía Thiers, puede asegurar la tranquilidad que la Europa tanto necesita.» El agregado militar de la embajada francesa en Berlín, coronel Stoffel, daba cuenta de la fuerza formidable del ejército alemán, y por otro lado proclamaba las intenciones pacíficas de Bismarck. En 20 de noviembre de 1868, después de una entrevista con Bleichroder, que había pasado ocho días con Bismarck en Varzin, comunicó á su go-

bierno que el canciller deseaba más vivamente que nunca la paz; que no pensaba acelerar la entrada del Sur en la confederación del Norte, porque estaba convencido de que esta entrada se efectuaría por sí sola; pero que en cambio le interesaba hacer desaparecer los temores de guerra, para lo cual era en su opinión el mejor medio una entrevista de Napoleón con el rey Guillermo, y por lo demás, Bismarck no tendría inconveniente en obligarse por escrito á no emprender nada respecto de la Alemania del Sur. Stoffel en su comunicación manifestó la duda de si lo dicho por Bleichroder serían sólo observaciones personales; pero de todos modos consideraba positivo el proyecto de una entrevista, y también creía por su parte que en ella se podría suavizar mejor que de otro modo la antipatía general que prevalecía en Alemania contra Francia.

Semejante entrevista no tuvo efecto; Napoleón quedó deudor de la visita, y no tardó la prensa en mostrarse de nuevo alarmada. La expulsión de la reina Isabel de España en septiembre de 1868, dió otra vez abundante motivo á los periódicos franceses para acusar á la política de Bismarck de sembrar en todas partes el descontento. Aquel acontecimiento fué evidentemente para Napoleón un golpe muy sensible; porque no solamente había contado en general con el auxilio de la reina destronada, sino que había pensado encomendarle la misión de guardar á Roma contra Italia, para lo cual la reina Isabel se había mostrado muy propicia. Precisamente en aquellos días en que la revolución la destronó, estaba en San Sebastián y había dispuesto hacer una visita en Biarritz á la familia imperial de Francia, en cuya ocasión debían hacerse algunos arreglos políticos bastante decisivos; y en la destrucción de estas esperanzas encontraron los franceses motivo para acusar á la política artera de Prusia de haber provocado el pronunciamiento de los generales españoles.

También se creyó ver en Bélgica, como en España, la influencia enemiga de Prusia. Desde la primavera de 1868 la compañía francesa del ferrocarril del Este había empezado á adquirir líneas férreas del Luxemburgo y de Bélgica. La adquisición de la línea de Guillermo en el Luxemburgo, y de un ramal á Spa, había sido la primera operación de esta clase y no había suscitado objeciones; pero cuando se divulgaron en otoño las negociaciones entabladas para la adquisición de diferentes líneas principales de Bélgica y de Holanda, y se dijo que el gobierno francés quería garantizar al ferrocarril del Este el cuatro y medio por ciento de interés, no pudo menos de sospecharse en Bélgica que había motivos políticos en el fondo de estos proyectos de adquisiciones de líneas férreas y que se trataba evidentemente de reducirla á la dependencia de Francia en el terreno económico, y obligarla al fin á una unión aduanera. También podía tener grandísima importancia la posesión de estos ferrocarriles en concepto militar, pues que ofrecían la posibilidad de arrojar rápidamente una parte del ejército francés sobre el flanco derecho de Prusia y convertir así la Bélgica neutral en teatro de la guerra. En vista de estos peligros, el ministerio belga declaró que no reconocería la venta de las líneas; y cuando á pesar de esto se efectuó en enero



EL GENERAL DUCROT (según fotografía)

de 1869, las Cámaras belgas aprobaron una ley según la cual sería nulo todo cambio de propiedad que se hiciera sin consentimiento del gobierno. Esto suscitó una indignación formidable en la prensa parisiense, que se dirigía igualmente contra Bélgica y contra Prusia. Diplomáticamente sólo podía el gobierno francés reclamar contra Bélgica, y el embajador La-Guerroniere recibió el encargo de pedir el nombramiento de una comisión franco-belga que examinara las objeciones contra la venta de los ferrocarriles. El presidente del ministerio belga, Frere Orban, no admitió la pretensión, y en las negociaciones que se siguieron en París en el mes de abril de 1869, insistió en que la tal comisión se ocupara únicamente en el estudio de las facilidades de explotación de las líneas belgas, según estaba convenido. Con esto quedó zanjada la parte política de la cuestión; y el único resultado positivo, pero insignificante, que se consiguió al cabo de algunos meses de negociaciones, fué que el ferrocarril del Este pudiese enviar trenes directos con su personal propio de explotación al través de Bélgica, con destino á Amberes y Rotterdam. Con esto quedó en Francia el disgusto roedor de que la diplomacia prusiana, sin cuyo apoyo Bélgica no se habría atrevido á oponerse á las exigencias francesas, había frustrado una combinación cuyo objeto definitivo era dar un gran paso para la incorporación final de Bélgica.

Durante este tiempo se llevaron en el más profundo silencio negociaciones para una triple alianza entre Francia, Austria é Italia. Respecto de Austria había iniciado Napoleón el asunto en julio de 1868, proponiendo por conducto del príncipe de Metternich al conde de Beust dirigir una especie de interpelación á Prusia con motivo de las tentativas cada vez más visibles que se hacían para traspasar la línea del Mein. Beust manifestó que éste sería el mejor medio de encontrar partidarios en la Alemania del Sur para la unión con la confederación del Norte, y por lo mismo recomendó que Napoleón declarara á Berlín que estaba dispuesto á no plantear la nueva organización militar siempre que Prusia hiciera una declaración satisfactoria respecto del mantenimiento de la paz de Praga. Estando persuadido el ministro austriaco de que Bismarck ni podría ni querría hacer semejante declaración, pensaba que Francia adquiriría con esto el derecho de presentarse como guardadora de la línea del Mein. De esta manera habría sido inevitable el conflicto; pero Napoleón no quiso seguir tal camino, diciendo que, atendida la organización militar de Prusia, saldría él perdiendo, y por esto propuso «un cambio de ideas y de memorias» sobre una alianza franco-austro-italiana. Este cambio de ideas duró un año, hasta septiembre de 1869, y sólo estuvieron iniciados, además de los tres soberanos, Rouher, Beust, el príncipe de Metternich, los condes de Vitzthum y Vimercati y el príncipe Napoleón, quedando ignorante de todo, por deseo expreso del emperador, el embajador en Viena duque de Gramont. En el último momento fueron también iniciados en el secreto el marqués de Lavalette y el príncipe de la Tour d'Auvergne. Según se aseguraba en Francia, la primera excitación pro-

cedió del rey de Italia, porque atendidas las simpatías de Víctor Manuel por Napoleón, le molestaba la tirantez que existía entre su gobierno y el francés desde la nueva ocupación de Roma por los franceses. Por otra parte, se notaba en la población de Italia una corriente cada vez más fuerte á favor de una alianza con Prusia, y la asistencia del príncipe heredero de Prusia á las bodas del príncipe heredero de Italia, en abril de 1868, dió lugar á vivas manifestaciones de simpatía en favor del prusiano, mientras que el príncipe Napoleón fué recibido hasta con frialdad. En julio Lamármora, acaso con anuencia del rey, se había valido de algunos párrafos de la obra del Estado mayor prusiano sobre la guerra de 1866, para quejarse de Prusia en la Cámara y arrojar una nueva manzana de discordia entre Austria y Prusia con la publicación del despacho de Usedom del 17 de junio de 1866. No obstante, la diplomacia oficial italiana observó una actitud intachable; desaprobó el proceder de Lamármora y conservó la buena armonía con la confederación del Norte de Alemania. Por esta misma razón el rey de Italia no quiso iniciar á ninguno de sus ministros en el secreto, cuando empezó la mencionada correspondencia con Napoleón, y las muchas cartas que durante los meses inmediatos se cruzaron entre París, Florencia y Viena, no tuvieron carácter oficial. El resultado de estas largas discusiones fué un proyecto de alianza, según el cual se obligaron los tres soberanos á proceder de común acuerdo en todas las cuestiones políticas. Entonces fué menester iniciar en el secreto al ministerio italiano, que puso en primer término la dificultad que ofrecía la cuestión de Roma. Menabrea declaró que era menester presentar en el tratado una solución para la cuestión romana si se quería que Italia firmara la alianza. Austria apoyó esta exigencia; pero Napoleón, después de nuevas negociaciones, se negó á contraer ningún compromiso en este concepto, y finalmente hizo declarar en Florencia y Viena por Lavalette, que en tiempo oportuno se volvería á tratar el asunto diplomáticamente, pero que por de pronto proponía el canje de cartas autógrafas de los tres monarcas, en las cuales se prometiera en términos generales el auxilio mutuo. En septiembre de 1869 se cambiaron estas cartas autógrafas, con lo cual creyó Napoleón tener la seguridad suficiente de que al estallar una guerra bastarían pocos días para conseguir tratados definitivos: ilusión funesta é injustificable, aun admitiendo las expresiones de confianza que se dice usaron Metternich y Nigra. Acaso la ilusión del emperador explique que Francia se arrojara á la guerra con tanta ligereza.